
EL DADJI Y LA TRASCENDENCIA DEL SENTIDO DE GRUPO

FERNANDO PANADÉS GARCÍA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE GUINEA ECUATORIAL

Pesa mucho la fuerza de la tradición sobre los hombres. En la convivencia temporal a la que es llamado, el hombre intenta con ahínco conservar lo que le identifica como miembro de un determinado grupo. Precisamente eso es lo que pasa cuando tenemos elementos tribales de juicio para representar nuestro papel en el escenario de la existencia. Nosotros, los de aquí, ultimamos dejando perder la riqueza de nuestras tradiciones abrazando desesperadamente las impuestas por la «gente mayor» del norte, lo que es una suerte, pero difícil de aprovechar. Pero no es peor hacer un esfuerzo por resucitar creencias enterradas, ritos carcomidos y costumbres milenarias de la madre tierra, pues eso nos ayudaría a autodeterminarnos ante los ojos críticos de algún interesado.

Dejar caer bruscamente la pluma sobre una raquíca y resbaladiza hoja de papel, con el santoral deseo y la tímida intención de vender al querido y respetuoso público informaciones valiosas que se esconden en el encapuchado mundo de los ritos, creencias y costumbres tradicionales, resulta una empresa no muy fácil, porque tantas cosas han ido desapareciendo del escenario tradicional por el mestizaje cultural y tribal concurridos en un entorno tan complejo como el nuestro. Y es simplemente un esfuerzo hecho el de aceptar también que a lo largo de la historia de un pueblo llaman a la puerta modelos de culturas de otras latitudes, modelos exógenos que influyen de forma decisiva en la nueva manera de ver las propias realidades cotidianas. Eso es, creo, lo que sufrió y sigue sufriendo particularmente el *Dadji*.

EL SIGNIFICADO DEL DADJI

Queremos hacer una reflexión sobre el sentido figurativo y el significado intrínseco de lo que representa el *Dadji* para un determinado grupo étnico como es, en este caso, el del pueblo de Annobón; revelar el valor mítico subyacente y procurar descubrir la riqueza cultural que conlleva para que vuelvan a la memoria realidades pasadas. Y no resulta fácil, repetimos. Con esto, intentamos despertar, y ya lo hemos conseguido, la curiosidad del lector, quien increíblemente hace una minúscula pregunta: ¿Qué es el *Dadji*?

Para el *annobonés* tradicional, todo lo creado por *Pa Met*, Padre Superior o Maestro (literalmente «Padre Maestro»: la raíz *Met* significa maestro y se emplea en los mismos contextos que en español, como en *met scoll*, «maestro de escuela») tiene un sentido. Todo lo que hay en la naturaleza tiene su utilidad temporal o extratemporal. Incluso un puñado de hojas secas del banano puede significar mucho para los miembros coetáneos del *Dadji*, que es una sociedad compuesta por personas de la misma generación. Ahora bien, hemos vuelto a provocar del curioso la pregunta de qué significado tiene el cinturón de hojas secas de banano para los *dadjis*. Es, seguramente, el lazo de unión entre todos los coetáneos y coetáneas. Pero esto no queda tan soso. De forma mítica revela el respeto hacia el grupo y el místico estado emocional en que deben permanecer los que comparten el mismo año de nacimiento.

El *Dadji* no es tan simple como suponen algunos curiosos que han visto a mujeres vestidas de hombre con un cinturón de *fa sojadu* (hojas secas de banano) en la cintura y hombres vestidos de mujer con similar cinturón bailando al son del *tambalí* (pequeño tambor portátil), sino que es más que una manifestación humorística, es una creencia y un rito tradicional. Ese hombre maquillado con cenizas de talco, ataviado con un pañuelo o *lenzu* en la cabeza y una andrajosa blusa femenina, cree que debe actuar así. Se lo dicta el estado emocional de ese momento y acepta con gozo esa compostura. Y esa mujer con barba postiza, chaqueta sucia y maltrecha, combinada con un pantalón de trasero señalado, sabe que le toca jugar ese papel. Pero, ¿qué sentido tiene todo eso? Decir que el *Dadji* está de fiesta es una respuesta vaga. Y hasta esta parte no hemos conseguido saciar el escepticismo del curioso.

El *Dadji* es una manifestación heredada de generación en generación sobre el sentido de responsabilidad de un determinado grupo de coetáneos. Suele ser una transmisión de madres a hijos, con la única condición de que hayan nacido en el mismo año. Por tanto, nacer en el mismo año despierta los feroces deseos de los coetáneos de comprometerse en una convivencia y en compartir los ideales del grupo.

Decíamos antes que no es fácil dejar de resbalar con pulcritud las tintas para dar una información tan valiosa. Justo eso. Creo que estaba difuminado en mi poca memoria el complejo comportamiento de lo que llamamos *Dadji*, grupo con una convicción propia de hacer penetrar en el fondo de los corazones la necesidad de **ayuda mutua**. Éste es exactamente uno de los objetivos del *Dadji*. Un grupo que goza de una mítica revelación sobre la unión de fuerzas para asegurar el dinamismo social. Es el sentido de la existencia para sus miembros.

TRASCENDENCIA DEL DADJI

El *Dadji* tiene su valor tradicional, que le hace tan fuerte, en la entrega de sus miembros y el cumplimiento de las leyes grupales que rigen su comportamiento. Tiene asimismo valor social, en tanto que trasciende los límites del grupo y de la familia. Todos los nacidos en el mismo año, no importa la distancia o espacio mensual que los separen, pertenecen al grupo de coetáneos.

¿Y cómo se comportan los de la misma edad? Unos comportamientos raros, mezcla de bromas y de seriedad. Paradójica esta afirmación. Todo lo que se hace en el seno del *Dadji* es serio, pero la manera aparente de comportamiento es rara y puede parecer hasta bochornosa y despierta entre los desconocedores muchas veces las carcajadas y la burla. *Námina daanu naja tee doo jaff* («sólo los de la misma edad soportan»). Los *dadjis* deben aguantar las bromas sin rechistar. Ésa es la forma de entender el misterio de sus actuaciones. En el trasfondo de comportamientos absurdos y viles, tanto individuales como colectivos, se esconde el verdadero sentido del amor, el respeto y la añoranza de la convivencia pacífica y el verdadero ánimo de compartir las vicisitudes y avatares de la cotidianeidad. Aceptar del amigo las alegrías y las penas. El *Dadji* es espontáneo y asumido.

El grupo se da cita en casa de un coetáneo, que lo ha convocado para pedir una ayuda o para dar una información puntual a todos. En la reunión se discuten temas variados y se organizan proyectos de fiesta o rituales que se avecinan. Tres puntos centran la convocatoria: aportar una ayuda (de todo tipo), organizar una fiesta de matrimonio y preparar los actos de defunción de un fallecido miembro de la sociedad. Puede haber otros temas, pero estos tres suelen ser los más frecuentes.

El *Dadji* posee trascendencia mítica muy considerable. El coetáneo que acaba de fallecer «está con ellos». Precisamente, se entierra al muerto cantando y bailando. El triste sentimiento de haber perdido a uno del grupo, que invade el alma en el momento de la muerte, es manifestado por un vocerío de alegría que sepulta el estado de ánimo de tristeza del grupo que acompaña al entierro.

El *Dadji* tiene su lugar particular en la soledad del annobonés que durante centurias ha vivido en la apartada isla, olvidada durante mucho tiempo. Un coraje invade el ánimo del oriundo y se lanza a las aventuras más extraordinarias buscando ser escuchado. Esa larga mano que extiende para asir la ayuda de otra mano se consigue entre los mismos

annoboneses. Así debió de nacer la filosofía del *Dadji* y los distintos objetivos que enmarcan las actuaciones del grupo.

No ha sido pura casualidad la idea de formar una sociedad así, porque es muy necesario tanto para dar respuesta a problemas individuales como para sentirse cerca de amigos que comparten los mismos momentos.

DEFUNCIONES, MATRIMONIOS, BOTADURAS DE CAYUCOS

El *Dadji* rinde el postrer homenaje a un difunto coetáneo con el *paga kush*, con el que la familia del muerto paga una contribución a los demás miembros para que coman y beban y recuerden al difunto. Este acto contribuye a quitar en cierto modo el peso del luto. La familia del finado, junto con los *dadjis*, prepara un tipo de comida tradicional muy apreciada en toda celebración, el *pisoj*, que consiste en pasta de yuca y un caldo con trozos de pescado ahumado, para luego proceder al rito del «lavado de manos», muy característico de los matrimonios religiosos y de las fiestas «sacristánicas» (los «sacristanes» son los sacerdotes tradicionales de Annobón).

Cuando los *dadjis* proceden al rito arriba mencionado, el primer paso es echar el *pisoj* en una palangana de caldo para que robustezca la cantidad de caldo succionado, mientras los trozos de pescado adornan el fondo provocando la insalivación. Después de este baño fresco, el *pisoj* ya está listo para la última prueba: la de ser engullido hasta el estómago. Después del insólito banquete, los *dadjis* salen a la calle con el *tambalí* y cantos un tanto burdos. El ritmo del *tambalí* va acompañado de cantos significativos con letras sobre algún suceso ocurrido o alguna aventura o historia personal de cualquier miembro. La melosa música atraerá a simpatizantes, generalmente niños, dando vida a este grupo heterogéneo. Recalamos que es normal decir en el grupo frases malvadas y emplear comportamientos extraños de fondo antisocial, por la sencilla razón de que en el *Dadji* es necesario todo aquello que pueda vencer la fuerza pudorosa individual. Se trata de que haya un comportamiento natural y espontáneo. En este complejo mundo radica una creencia esotérica: el más allá de la existencia. Un refrán annobonés reza: *wan omá sé jálaba wan amá*, que viene a significar que una mano lava a la otra (mano), decorando la idea fundamental sobre las leyes de la convivencia.

Si una de las necesidades del hombre es estar protegido socialmente, la otra misión que tiene el *Dadji* es buscar la **autoprotección**; porque, gracias a ella, todos los miembros de la sociedad sienten el derecho a gozar y recibir ayuda y a darla.

En el Annobón que yo viví, era primera necesidad social de un varón poseer su propio cayuco. Un tronco de ceiba es trabajado por un experto en construir o «fundar» cayucos en cualquier distancia de la costa. Para hacer llegar a la orilla del mar el aún pesado pseudo-cayuco se necesita un proyecto: buscar ayuda. La voz corre a los cuatro vientos y los del *Dadji* se preparan para echar una mano sin condiciones. El futuro dueño del cayuco convoca al grupo y fija la fecha del *Saa batelu* o deslice del cayuco recién ahondado. Para ese día se prepara una sopa de malanga con aceite de palma y cachitos de pescado ahumado: el *poposop pa batelu*. Y se trae un garrafón de *vin palm* o vino de palma. Después de dejar el cayuco recién ahondado en la playa, el *Dadji* se reúne en la casa del coetáneo del cayuco y se reparte el *poposop pa batelu*, acompañándolo con el *pucu vin palm*, lo que se conoce como «vaso de vino de palma». Se hacen bromas pesadas y se pasa todo el día juntos. Y así como habíamos puntualizado antes, se cumple la otra misión del *Dadji*: ayudar al prójimo.

Hasta aquí hemos apuntado en líneas generales lo que es para el *Dadji* la muerte de un coetáneo y la ayuda para hacer llegar el cayuco a la costa. Su figura en el matrimonio cristiano es otro de los puntos que da importancia a este grupo de hombres y mujeres.

Entre los novios, cada uno llama a su propio *Dadji*, que los acompañará a la iglesia cristiana. Es curiosa la vestimenta que hace reír a carcajadas a aquéllos que presencian las actuaciones de los *dadjis*. Los varones se disfrazan de mujer y las mujeres se disfrazan de varón con un sombrero de alas carcomidas, zapatos viejos de piel y una amarra de hojas secas de banano en la cintura. Se hacen unas danzas llamativas que hacen reír a los recién casados: actuaciones verdaderamente cómicas que intentan atraer la atención de la comitiva. Una payasada, si cabe llamarla así. Pero en el fondo de estos comportamientos cómicos se esconde la visión trascendental del matrimonio, que es la entrega sin condición de los cónyuges. La pareja debe convivir hasta que la muerte los separe.

RELACIONES ENTRE COETÁNEOS DE AMBOS SEXOS

Es un alivio para una soltera encontrar al varón coetáneo arribando de la mar con el cayuco lleno. Se acerca, echa una broma pesada y mete la mano en la cesta *ojal pisca* y coge la cantidad de pescado que quiere, o espera que se lo entregue. De igual manera ocurre con el varón soltero cuando entra en casa de una coetánea y encuentra un plato de *jazuguzug* preparada por la *dadji*. Suele ser una convivencia pacífica en la que no hay secretos. Todos esperan todo de todos. Una especie de hermandad.

RESOLUCIÓN TRADICIONAL DE CONFLICTOS

Hemos estado diciendo que, en plena convivencia, hay comportamientos negativos que traen la desconfianza y la falta de respeto, que pueden provocar enfrentamientos. En ese caso, los enfrentados se distinguen de acuerdo a la edad: si se es mayor, menor o igual en edad que el oponente. Ésta, la importancia de la edad, es una característica particular que observan los annoboneses para demostrar justicia.

Si los enfrentados son de la misma edad, se oye decir: *i na foo metee boo dadji if* («él no te vence»); es decir, es un enfrentamiento de igual a igual. Cuando entre ellos hay diferencia de edad, se dice: *aah, íi ku boo nasa dadji if* («no sois de la misma edad»).

EL NOMBRE DADO A CADA DADJI

Parece atrevido decirlo. El *dadji* o la *dadji* están expuestos a la mirada secreta de sus coetáneos, porque bastaba cometer alguna fechoría o lanzar una frase bochornosa para bautizar al grupo. Y lo curioso suele estar en este nombre. Esto es lo primero para identificar de qué *Dadji* se trata. Veamos un ejemplo.

El *Da ku pil* («echarse a la mar con cesta») es el nombre de un *Dadji*, uno de los grupos con mayor tradición cultural. No fue tan difícil asociar el nombre de este grupo con lo que pasó un día en los mares de Santa Cruz.

El verdadero nombre de Santa Cruz es Awala, un poblado de Annobón. Un día, en Awala, un grupo de pescadores jóvenes salió a la mar. La peligrosa marea de este enclave no tardó en reaccionar ante un brusco cambio de la fase lunar. Ese día, la mañana se despertó sin nubes grises en el cielo. Hacía un buen tiempo; la mar estaba en calma y las gaviotas batían el aire matinal con las emplumadas alas negras exhibiendo vuelos acrobáticos y siguiendo un banco de sardinas que sufría un ataque desenfrenado por parte de unos golosos bonitos. En el fondo del lejano horizonte, no llamaban la atención las nubes caprichosas, como si fuera a llover o pensar en lo que podía pasar al mediodía. La frescura matinal animó con voces de plata a los jóvenes pescadores cubriendo con una manta los andrajos del niño que iba a mirar la trampa de ayer. Los pescadores salieron a la mar.

Era ya la hora y los pescadores terminaron la jornada batiendo el agua con el rabo del remo, acercándose a la costa. Una sorpresa. El cayuco no podía arribar por la mar brava de la costa. No había forma para cruzar los

tres islotes que protegen la accidentada playa de Awala. Grandes y gigantescas olas rompían con titánica voz cuando golpeaban caprichosamente contra las rocas. Las olas removían los guijarros que adornaban el fondo dejando impaciente al diminuto y costero *jua jua!*, pececillo presumido de la costa. No dejaban tampoco a los valientes awaleños acercarse a la embarcación a la orilla.

Esto duraba mucho y entonces la valentía venció al miedo y el primer cayuco tomó la desesperada decisión de acercarse a la orilla. Una ola gigante arremetió al cayuco contra una roca y *¡wo ma me mi yoo!* («¡Oh, madre mía!»), la barca se dividió en dos mitades y otros trozos secundarios y el pescado se perdió en el fondo. El hábil pescador hizo un último esfuerzo y, minutos después, hablaba con los suyos en la playa, dejando escapar de su maltratada cara una sonrisa cansada.

Los otros cayucos seguían navegando sobre las movedizas olas y la tarde seguía acentuando aquel cielo celoso. Unas garzas volaban no muy alto, rozando apenas las patas contra las aguas. El segundo cayuco se enderezaba y empezaba a acercarse con valentía. Llegando cerca de dos de los islotes, una ola titánica cubrió satánicamente la embarcación empujándola contra las rocas y ¡plof!, quedó hecha trozos de ceiba. El pescado fue a parar igualmente al fondo, llorando su destino: ser matado y no comido. El ocupante pasó cerca de cinco minutos bajo las olas, cosa que asustó a los que estaban en tierra, pero poco después el maltratado pescador se encontraba sobre las piedras que adornaban esta playa con un trapo que le cubría únicamente la parte íntima de las vergüenzas.

Los pescadores que seguían en el mar sufrían y los cayucos seguían rompiéndose en pedazos. Pero algo chistoso vino a acentuar la pequeña escena. Un joven llamado Santos, tímido y moño, decidió arribar como sus amigos. No quería perder el pescado y prefirió amarrar la cesta al pequeño manguito del cayuco –unos diminutos agujeros a ambos lados de la proa- y la cerró bien. *¡Olem, olem!*, le gritaban desde la costa los demás. Por intuición pudo conocer la frecuencia de las olas grandes. Remó fuerte y gastó energía para llegar cerca de los islotes. Cuando miró atrás, se encontró ante una ola montaña que venía con furia para engullir la embarcación. «¡Sálvese quien pueda!», pensó. Santos dejó el cayuco libre y se echó al agua con la cesta de pescado. El cayuco vacío se precipitó contra las rocas y nadó hasta la orilla con todo su pescado. Aunque las olas no disimularon el pudor de Santos, dejando al descubierto los gemelos de entrepiernas a la irada prudente de los cangrejos de la costa. Su valiente decisión dio nombre al *Dadji* de Santos con la leyenda *Da ku pil* («Echarse con la cesta»).

PERVIVENCIA DE LAS TRADICIONES EN ANNOBÓN

A veces, es simplemente un ruido que despierta el ánimo dormido dejando escapar recuerdos y vivencias del pasado, creyendo hablar sobre esa cosa tan característica que llamamos tradición. Otras veces, un llanto aparece en el fondo del corazón por el olvido paulatino que el tiempo va enterrando en las profundidades del pasado. Sin embargo, la idiosincrasia tribal, estampada en la frente de los lugareños, golpea a puño limpio para la conservación de lo poco que apenas quedaba, saltando a la fresca memoria de algunos los recuerdos de Palé.

No es nada simple la afirmación de que el mestizaje cultural difumina la tradición propia. Pero, aun así, desde tiempo atrás, el annobonés, como contrapartida al sufrimiento y la soledad, quiere impedir la mezcolanza de lo exógeno y exponer ante la mirada de los que no son de la isla lo que la tradición propia exige para su identificación, provocando la incomprensión de los extraños.

La ciudad de Palé, enclavada en la baja mirada de su pico y acariciada por un mar exento de contaminación –antes de hoy-, dejó un recuerdo imborrable en la memoria de los paleanos: la tradición annobonesa. El *Dadji* tiene su verdadero sentido en la pervivencia de la tradición. Por si fuera poco, una mítica creencia recorre las estrechas venas del isleño, los ritos y costumbres tradicionales y la tradición encuentran su lugar en estos corazones. Y en Annobón la tradición no se ha perdido.